

Su cuerpo está flotando. Casi no se mueve pero él está despierto, aunque algo desconcertado. Voltea a todos lados como una isla solitaria preguntándose cómo llegó ahí, como en un sueño.

Limbo

ANTONIO ALCÁNTARA

48

E

l cielo estaba vacío como en el principio del mundo. Todo estaba en calma, en silencio. Un tranquilizante sonido se acercó como una inundación de partículas que vienen y luego se van. Se difuminan poco a poco hasta que dejan de percibirse, después empiezan de nuevo. Comienza el ciclo de vaivén como un sople de viento marítimo, con un olor salado pero totalmente intangible. Las olas rompen tan lejos que no se alcanzan a ver, ni a escuchar, ni a sentir. Sólo está este movimiento que arrulla tiernamente de un lado a otro como una prisión de jabón.

Su cuerpo está flotando. Casi no se mueve pero él está despierto, aunque algo desconcertado. Voltea a todos lados como una isla solitaria preguntándose cómo llegó ahí, como en un sueño. No lucha contra el mar, sólo flota y pierde en la oscilación del anacronismo sin futuro, de estar en paz. El cielo es azul, pero también en gris y es demasiado blanco, con mucha luz apagada como si estuviera soleado detrás de las nubes. El mar no responde, no brilla ni se enfurece.

De pronto una súbita agitación, como un remolino que se hubiera formado detrás de él. Su cuerpo fue succionado hacia atrás en *rewind*, una fuerza tan poderosa como el destino lo jaló por la espalda y después lo succionó. La superficie se agitó un momento, aún con las uñas de él marcadas sobre el agua. El último respiro fue ahogado rápidamente por un tapón líquido como una mano secuestradora. Finalmente el mar se quedó solo, insensible y sin expresión alguna.

– Eso es lo que pasa siempre, hasta que me la quito–. Una mano delicada y suave como un chorro de leche retiró de la otra, de las mismas características, una pulsera de color café. La derecha se quedó con la pulsera y la sostuvo un momento entre el índice y el pulgar. La izquierda se quedó inmóvil y casi adormecida. La pequeña niña dueña de ambas sonrió. – ¿Y tú no lo puedes salvar? – le preguntó él con voz grave y comprensiva. Ella movió la cabeza. Dijo que cuando eso pasaba ella no estaba ahí, sino que sólo podía ver lo que ocurría. Bueno, también podía oler y escuchar y sentir, pero no podía hacer nada. Le daba mucha tristeza ver cómo de repente él ya no estaba y se ahogaba en la profundidad. Ambos se miraron reflexivos un momento, uniendo su pensamiento sin importar la brecha de edad.

- Mejor ya no te la pongas.
- Pero si no me la pongo nunca voy a saber más de él.
- ¿Para qué quieres saber más si sólo es un muchacho que se ahoga?
- Para salvarlo, papi.



Él la tomó por debajo de los brazos y la levantó. Ambos se pusieron de pie y ella tomó la mano de su papá para acompañarlo en el camino. Sus pasos crujían en la grava, unos más suaves que los otros. La mano de ella jugaba con la de él, moviéndose en un vaivén inocente.

- ¿A cuál te quieres subir?
- Mmm. A los columpios rosa.
- Pero aquí no hay columpios rosa.
- Claro que sí, mira ése.

Caminaron hasta el columpio y él la ayudó a subirse. Se agarró bien de las cadenas, pero el vestidito le estorbaba y no sabía dónde guardarse la pulsera café. – Mejor te la cuido yo– le extendió la mano para que la pusiera en su palma. Ella puso la suya sobre la de él con la pulsera en medio y le dio las gracias. La mano más grande se escondió rápidamente en el bolsillo derecho del pantalón. Papá se colocó atrás del columpio y la tomó de la espalda, después le dio un leve empujón. Inmediatamente ella se echó para atrás balanceando su peso y dejando que su fino cabello cayera. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, moviendo las piernas de arriba abajo entre el vestidito como una gimnasta.

Él acarició nerviosamente la pulsera dentro del pantalón. La veía con una sonrisa mientras ella aún hacía esfuerzo por llegar a la cúspide antes de relajarse y dejarse llevar por la inercia. Papá se quedó pensando, veía a su pequeña hija y luego se aferraba a la pulsera. Los árboles alrededor les sonreían también, bajo el sol brillante que hacía a sus sombras desaparecer. Las manitas de ella se cansaron de aferrarse a las cadenas que ya le lastimaban.

–¿Me llevas al subibaja?– y dejó de columpiarse, aflojando su cuerpo aparentemente agotado. La desmontó del columpio y tomó su minúscula mano con la derecha, mientras que con la izquierda contraía poderosamente los músculos alrededor de la pulsera color café profundamente dentro del oscuro bolsillo del pantalón.

¿Cómo sabes quién eres? ¿Cómo sé quién soy? Ahora soy una voz dentro de tu cabeza. No, yo te leo a ti. Las palabras que siguen soy yo pero también eres tú leyéndolas, tú también te ahogas conmigo. Ahora los dos estamos en la profundidad, con el último aire que queda, la última burbuja que está por salir. No estás sentado leyendo, eso es sólo una sensación en tus nalgas. Te ahogas conmigo. En la oscuridad existe una frontera muy tenue antes de perder la cordura. Lo único que me dice que sigo siendo yo es esta pulsera color café. No siento mi cuerpo, no me siento a mí, pero la pulsera aprieta mi mano con un último esfuerzo de regresar a la realidad. Cada vez aprieta más fuerte.

Ella abrió los ojos y observó el cielo cubierto de negro. Poco a poco salieron las estrellas a dar la bienvenida y después de un magnífico salto salió la luna. El resplandeciente círculo blanco la cubría y además de reflejar la luz la reflejaba a ella. Sintió su pequeña mano estrechada por la de su padre. De pronto en unos segundos la luna se escondió detrás de las nubes y se escurrió por el horizonte. La luz traspasaba cualquier cosa, como unos potentes rayos de fuerza imperial. Un enorme cordón de partículas de luz partió el panorama y dividió el paisaje en dos. Se emanaba majestuosidad a través de calor, de luz y de color. Las nubes blancas se movían a gran velocidad, más rápido que de costumbre. El nacimiento del sol fue súbito, una explosión inevitable que da origen a millones de corpúsculos dadores de vida, cada uno empapado de existencia. El sol pasó sobre su cabeza mientras ella observaba las partículas introducirse en sus ojos soñolientos. Los cerró un instante y los talló para aclararlos, luego parpadeó tímidamente y la imagen de su padre frente a ella se aclaró poco a poco. – Papá, ¿por qué no me dijiste que ya nos fuimos al cielo?–. Papá sonrió. –No pequeña, estamos en el planetario–. Ambos rieron acostados en los sillones del planetario mientras la proyección acababa y prendían las luces.

Él acarició nerviosamente la pulsera dentro del pantalón. La veía con una sonrisa mientras ella aún hacía esfuerzo por llegar a la cúspide antes de relajarse y dejarse llevar por la inercia. Papá se quedó pensando, veía a su pequeña hija y luego se aferraba a la pulsera.